



Un grupo de marines, a su regreso de Vietnam, en San Diego (California).

sus superiores. La Casa Blanca estaba más que deseosa de enterrar un "affaire" que constituya una prueba más de los desacuerdos existentes entre el Pentágono y el Departamento de Estado sobre la política a seguir frente a China o en relación con el problema de la "distensión", en general.

A pesar de un presupuesto record de ochenta y seis mil millones de dólares, los militares se consideran en cierta medida traicionados por la política de "distensión" y las negociaciones SALT en el momento mismo en que atraviesan, por vez primera en su historia, una grave crisis interna. Desde lo de Vietnam, los soldados no gustan de exhibirse en uniforme por la calle: "La imagen militar ha quedado deslustrada hasta el punto que es difícil hacer que un hombre se sienta orgulloso de su uniforme", explica el general Clark, director de la Air Force Academy. El secretario de Defensa, James Schlesinger, se confiesa preocupado por el rostro que presenta el nuevo ejército

norteamericano, en el que la proporción de individuos alistados con educación secundaria ha disminuido en un 15 por 100, mientras que la proporción de negros se ha duplicado en sólo tres años...

El ejército ya no es esa institución imparcial que se preciaba de ser. Veamos cómo descienden a la arena política cada vez más oficiales que piensan que la política es un asunto demasiado serio como para ser dejado en manos de los políticos. El general Curtis Le May, que proponía terminar el conflicto vietnamita utilizando el arma nuclear contra China, se presentó a las elecciones de 1972 formando equipo con George Wallace; el coronel John Glenn codicia un puesto de senador demócrata por Ohio; el general Westmoreland ha anunciado su candidatura al cargo de gobernador de Carolina del Sur, y el principal consejero presidencial es nada menos que el ex jefe adjunto de Estado Mayor de los Ejércitos, el general Alexander Haig.

En este ambiente de espionitis, de complots y de crisis moral, la injerencia cada vez más acusada de militares en la vida política americana, ha llevado a algunos a preguntarse, alarmados: "¿Y si el ejército interviniese para solucionar la crisis provocada por el asunto del Watergate?". El primero en formular públicamente esta pregunta es un teniente coronel jubilado de la US Air Force, John E. Dougherty, quien escribía en el número de febrero de la revista liberal "The Progressive", influyente a pesar de su pequeña tirada: "Muchos americanos eminentes están convencidos de que el destino del presidente Nixon se verá sellado bien por su dimisión, bien por un impeachment; por mi parte considero desconsolador tanto optimismo. Pues es negarse a admitir que el mantenimiento de Nixon en el poder podría depender, a fin de cuentas, de la reacción del ejército".

Es cierto que hubiera resultado fácil descartar la hipótesis (inadmisible hace quince años) del coronel Dougherty atribuyéndola a una manifestación excesiva del complejo de persecución de la izquierda liberal. Pero el que una revista de gran difusión como "Esquire" recoja esta idea y plantee a los diplomáticos de la academia militar de West Point y a algunos de sus instructores la siguiente pregunta: "¿Qué haría usted si el presidente le dijese: 'General le ordeno que se apodere de los Estados Unidos?'", es algo más que un síntoma, es una prueba de que lo que era inconcebible hace quince años ya no lo es hoy para el americano medio.

La hipótesis imaginada por el coronel Dougherty y "Esquire" no es la de un golpe de Estado clásico contra el presidente, sino

la de una intervención del ejército a petición del presidente. El coronel Dougherty me explicó que no pretendía hacer creer a nadie que un "golpe" semejante pudiese ser intentado por los militares en un futuro próximo, sino que lo que le aterra es la inconsciencia de la mayoría de sus conciudadanos, que creen que Nixon abandonaría el poder si triunfara el impeachment, cuando su actitud hasta la fecha hace de esta hipótesis algo sumamente improbable. Me sorprendió la similitud existente entre la respuesta dada por el coronel Dougherty y las que, ofrecidas por los oficiales de West Point al periodista de "Esquire". Unos y otros piensan que una intervención del ejército provocaría algunas dimisiones y jubilaciones anticipadas, pero ninguna revuelta ni amotinamiento.

"La mayoría de los soldados de oficio opinan que la sociedad norteamericana es demasiado permisiva e ingenuamente inconsciente de la amenaza comunista", afirma el coronel Dougherty. Algunos creen que sería mejor apartar del poder a aquellos para quienes la guerra fría ha terminado.

Es tal la desorientación de la opinión pública, tan grande la separación entre el ejército y el país (agravada estos últimos días por los debates sobre la amnistía a los desertores de Vietnam), que muchos americanos se preguntan hoy si no corren peligro de encontrarse, al despertar una mañana, con un régimen militar impuesto por el presidente.

Nadie puede afirmar que Richard Nixon esté decidido a ir hasta ese extremo para mantenerse en el poder. Pero es bueno que los europeos sepan que semejante hipótesis no es del todo imposible. ■ JEAN-FRANÇOIS MERLE.

## CANADA

### En la crisis de Occidente

En esta terrible poda que está sufriendo en estos días el mundo occidental le ha llegado el turno a otro gran país atlántico (el segundo, en extensión y riqueza, del Pacto): Canadá, cuyo primer ministro liberal, Trudeau, ha caído frente a una coalición de conservadores y «neodemócratas» después de seis años de gobierno. No es preciso buscar mucho para encontrar también un fondo derivado de la crisis mundial y de las relaciones con los Estados Unidos. Remitámonos directamente a las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores, Sharp, del gobierno caído: «La experiencia muestra que un gobierno canadiense que practique una política antiamericana (esto es, contra los

Estados Unidos) es derrotado en las elecciones siguientes». Este es un augurio negativo para los liberales en las elecciones que han de celebrarse anticipadamente (como consecuencia de esta crisis) en julio, y también una explicación de la caída de este gobierno.

Trudeau se había esforzado en señalar la «identidad canadiense» como distinta de la de Estados Unidos, y la posibilidad de proseguir una política más próxima a Europa, a la Comunidad Europea. Es un viejo problema canadiense, atraídos por una parte por el britanismo de la Commonwealth (y la base cultural e idiomática francesa de una parte de su territorio), en busca de un «européismo», y por otra, por el poder de ▶

los Estados Unidos y su continua infiltración económica. En términos locales, es un debate entre los «nacionalistas», preocupados por el desarrollo de las bases heredadas de Europa y desarrolladas en forma propia, y los «continentales», convencidos de la necesidad de una integración mayor de los dos vecinos de América del Norte. Trudeau es partidario decidido de la primera solución. En 1972, el informe de Sharp, publicado por el gobierno hablaba de «reducir la vulnerabilidad» de Canadá mediante la reducción de su dependencia económica de las grandes compañías de Estados Unidos. Recogía, en parte, las apreciaciones del «Informe Gray» publicado por el gobierno el año anterior y en el que se decía claramente que la implantación de compañías de Estados Unidos en el territorio de Canadá estaba produciendo «una confrontación creciente» con los Estados Unidos.

El gobierno Trudeau no se ha limitado a la teoría. El pasado mes de enero se enfrentó de una manera nacionalista a la crisis mundial de energía: decidió que cesarían las importaciones de petróleo árabe de Quebec y otras provincias del Este y que se abasteciesen del petróleo nacional extraído en el Oeste, en la zona del lago Alberta. Ahora bien, este petróleo se estaba vendiendo a los Estados Unidos en una gran proporción, y su explotación estaba hecha por compañías con capital de Estados Unidos. La lucha quedaba abierta. Quizá hubiese necesitado Trudeau en ese momento una mayor audacia y un cambio total en las estructuras económicas que le reclamaba, principalmente, el partido surgido de su propio izquierda, el Neodemócrata: laborista, considerado a sí mismo como socialdemocrático. La exigencia era la de que se limitasen los beneficios de las compa-

ñas de petróleo, se realizara una política avanzada fiscal y un control de precios y salarios.

Pero Trudeau disponía, después de las elecciones de octubre de 1972, de un gobierno minoritario. Contaba con 109 diputados, frente a 107 de los conservadores y 31 del Nuevo Partido Democrático. Desde entonces, su vida ha sido un calvario. Ha tenido que evitar todos los escollos que le conducían a las votaciones de confianza, donde hubiese sido derrotado. Sus medidas han sido medidas a medias, destinadas a complacer o por lo menos a no hostilizar a la doble oposición de la izquierda y de la derecha. El presupuesto que ha presentado ahora a la Cámara ha sido tímido: no contenía las reformas pedidas por la izquierda, pero no era agradable a la derecha. La votación en los Comunes (el sistema político canadiense, dentro de la Commonwealth, es una copia del británico) le sido adversa, y el presupuesto rechazado. Trudeau ha empleado el recurso que le permite la constitución: disolver la Cámara y convocar nuevas elecciones para el mes de julio. Su esperanza es la de conquistar la mayoría —reconquistar la que le dio el gobierno en 1968— y poder gobernar sin chantajes ni coacciones. La idea de que un gobierno que se ha mostrado antiamericano pierda las elecciones inmediatas es ya un mal augurio. Pero tampoco los conservadores podrán conquistar la mayoría, y su coalición repentina con los neodemócratas ha sido solamente coyuntural: no puede prevalecer en un programa común. Quizá de aquí a julio Trudeau pueda convencer a la izquierda de que le apoye; pero de nuevo será su prisionero. Los Estados Unidos han conseguido un triunfo más. Y de paso, Europa ha perdido otra baza.

## AMERICA LATINA

# El problema de la alimentación

Para el hombre latinoamericano —obrero o campesino— que vive de una ración miserable de arroz, yuca o maíz y anda siempre con el estómago como un saco de yute vacío, la frase "crisis mundial de la alimentación" probablemente tendrá una significación muy íntima. Para ese hombre tendrá muy poco sentido saber que "el alza de los precios de las exportaciones agrícolas norteamericanas ha producido una sustancial disminución en el superávit comercial que en ese rubro América Latina ha tenido tradicionalmente con los Estados Unidos". Ese hombre, creador de

riquezas, desconoce cómo nace, cómo crece y cómo se nutre una planta, un ser humano o una economía.

No sabe sobre el "superávit comercial", de la erosión de la tierra, de la distribución del ingreso, del intercambio desigual, de la función de las proteínas o del Departamento de Agricultura del imperialismo norteamericano.

No se sabe que para las poderosas empresas estadounidenses y para la oligarquía de su patria, el incremento en los precios de los alimentos es una forma de enriquecerse con la escasez y el llanto de la tierra, y es el fenómeno

congénito de una sociedad en la que los hombres deben reproducirse en las basuras, como las moscas, vivir de las sobras de los banquetes y resistir todos los tóxicos, para que otros vivan en la opulencia.

El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos —pesca-dores en río revuelto—, reveló recientemente algunas de las ganancias derivadas de la crisis mundial de alimentos. Las víctimas fueron los países latinoamericanos, que en 1973 tuvieron que pagar 420 millones de dólares más por la misma cantidad de alimentos que importaron del Norte un año antes.

El Departamento de Agricultura confesó que el intercambio comercial con América Latina dejó a los Estados Unidos un superávit de mil millones de dólares. Ese intercambio tiene perspectivas sombrías, según se desprende de los estimados de disponibilidades globales de ciertos alimentos en el hemisferio occidental. De unos 460 millones de toneladas —cereales, papas y otros tubérculos, leguminosas, oleaginosas, azúcar—, el 74 por 100 corresponde a los Estados Unidos, que tiene menos de doscientos treinta millones de habitantes, y el 26 por 100, a América Latina, con más de trescientos millones de habitantes.

América Latina, de hecho, tiene en general una agricultura que retrocede. Su producción global descendió casi un 4 por 100 en el período 1960/70, y en un 3 por ciento, en los primeros años de la presente década. Brasil, con una agricultura que tuvo 0,7 por 100 de crecimiento en 1972, necesitaría unos cien años a ese ritmo para duplicar la actual ración alimenticia de los brasileños.

Las estadísticas de producción y consumo reflejan que América Latina tendrá que pagar en 1974, a precios de sangre, más de tres mil millones de dólares en alimentos, procedentes en su mayor parte de los Estados Unidos. Brasil debe invertir unos 700 millones de dólares para adquirir cerca de tres millones de toneladas de trigo cuyo precio en 1972 era de 96 dólares la tonelada métrica, y a fines de 1973 rondaba los 200. Los trabajadores brasileños que quieren comer pan tendrán que pagar el incremento del precio. Una revista económica argentina ("El Cronista Comercial 17/73") decía que "las naciones del Pacto Andino importaban hace diez años alrededor de 300 millones de dólares en alimentos, pero actualmente importan el triple, e importarán todavía más". Chile debe disponer este año 700 millones de dólares para cubrir sus déficits.

América Latina, según un informe del Fondo Monetario Internacional, ocupa el primer lugar entre los países que registran mayores incrementos en el precio de los alimentos. En 17 países latino-

americanos ha sido superior al 50 por 100.

No es difícil advertir que el continente desnutrido debe ese primer lugar a las relaciones comerciales con Estados Unidos y sus especuladores. En América Latina son pocos los países que alcanzan los niveles diarios de proteínas y calorías señalados como indispensables para el ser humano, pero la situación es mucho más grave de lo que reflejan los promedios nacionales, porque la desigualdad social que existe implica desigualdad en las posibilidades de consumo. Esas posibilidades, según cifras de la CEPAL, se encuentran en el 5 por 100 de la población con altos ingresos, pero disminuyen notablemente en el 45 por 100 que tiene ingresos entre 100 y 500 dólares.

Los ingresos del 50 por 100 restante no llegan a 60 dólares anuales —cinco dólares mensuales— apenas suficiente para aquella ración miserable de arroz, yuca o maíz. Son los que andan con el estómago como un saco vacío.

El problema de la escasez y los altos precios de los alimentos —sometidos estos más que a un proceso de mercado a un proceso de extorsión— plantea una situación dramática para los grupos de bajos ingresos. El drama se convierte en pesada angustia para las masas empobrecidas, para los millones de desempleados y subempleados en la ciudad y en el campo y para los tristes habitantes de los cantegriles uruguayos, las favelas de Río de Janeiro y Sao Paulo, y las "villas miseria" que manchan la piel del continente. El problema no radica en la "sequía" o en la "explosión demográfica". La naturaleza y la reproducción de la especie no son los agentes causales de la escasez de alimentos y de la especulación con los precios. Las condiciones climáticas y meteorológicas han sido relativamente buenas en los últimos años en las principales zonas agrícolas del continente. América Latina, por otra parte, tiene la menor proporción de habitantes por kilómetros cuadrados en el mundo, y la mayor proporción de tierras sin cultivar.

La cepa del problema se encuentra en las arcaicas relaciones entre el hombre y la tierra, en la existencia de grandes latifundios, en la presencia de una casta de terratenientes poderosa e improductiva, en la ausencia de técnicas avanzadas de explotación que permitirían elevar la producción, la productividad y los rendimientos agrícolas. En una estructura agraria, en síntesis, que no corresponde a las necesidades sociales y económicas de nuestros tiempos. La médula de toda la cuestión está fundamentalmente en la estructura económica y social que responde como un robot a una relación de dependencia del imperialismo norteamericano. ■ JOSE A. BENITEZ.